31.01.79

87

HUELGAS Y ELECCIONES

Jordi Solé Tura

Una de las formas más sutiles pero más claras de electoralismo es la de calificar de "electoralista" a toda acción del adversario político. Así ocurre, por ejemplo, con el tratamiento que desde ciertos grupos políticos y desde ciertos órganos de información se está dando de la serie de huelgas que conoce actualmente el país.

Según estos grupos y estos órganos las huelgas obedecen a un plan maquiavélico de los partidos de izquierda para movilizar a los trabajadores y ~~[illegible]~~ ganar un pulso a la derecha con vistas a las elecciones.

Acostumbrados a manipular todo lo que tocan creen que la vida política y sindical es eso, manipulación. Acostumbrados a hacer política exclusivamente desde arriba, creen que los partidos utilizan a los sindicatos como simples correas de transmisión, para que se amolden a sus propósitos electorales sin más.

Pero la realidad es muy distinta. La actual serie de huelgas no tiene nada que ver con las próximas elecciones. Los trabajadores son ya mayorcitos para dejarse instrumentalizar. Pero es que, además, la razón profunda de estas huelgas viene de (de mucho más) lejos, como saben perfectamente -- aunque no lo digan -- los hombres más representativos del gobierno y de la patronal.

Desde hace meses los comunistas veníamos insistiendo en la nedesidad de una negociación global, de un acuerdo político y económico entre las principales fuerzas políticas, los grandes sindicatos y la patronal.

La razón de esta insistencia era y es evidente. Una vez culminada la labor constituyente -- que no es más que un primer gran paso para la estabilización de nuestra frágil democracia -- las fuerzas políticas y sindicales tenían que enfrentarse con los grandes problemas del país buscando el máximo acuerdo posible para que las soluciones no fuesen causa de ulteriores desgarrones sino pasos adelante en la consolicación de la democracia.

Los males que padece el país son evidentes: el paro, la inflación, la atonía inversora, la parálisis de unos ayuntamientos todavía anclados en el pasado, la insuficiente democratización de las instituciones del Estado, el terrorismo, el descontento ante las ~~[illegible]~~ deficiencias del desarrollo de las autonomías, etc

Decíamos que para enfrentarse con estos problemas con espíritu constructivo había que celebrar en seguida elecciones municipales, para desarraigar de una vez el caciquismo franquista, y buscar grandes acuerdos sobre las cuestiones económicas y políticas más candentes e inaplazables.

Que para ello lo ideal sería formar un gobierno en el que estuviesen todas las fuerzas parlamentarias dispuestas a participar en el acuerdo. Y que si ello resultaba imposible, por incomprensiones o presiones de origen interno o internacional, se podía formar por lo menos un gobierno UCD-PSOE, apoyado constructivamente por otras fuerzas. Con un gobierno fortalecido por ese apoyo y con un acuerdo global sobre los principales problemas políticos y económicos se podía disponer de un plazo de dos o tres años para asentar definitivamente el sistema democrático.

En vez de esto, los dos principales partidos -- la U.C.D. y el P.S.O.E. -- prefirieron tirar por la calle de en medio de las elecciones generales y abrir un vacío de tres o cuatro meses, propicio para toda clase de provocaciones contra la democracia.

La U.C.D. y la patronal no se avinieron a ningún acuerdo y publicaron su famoso decreto-ley sobre limitacion de salarios unas horas antes de anunciar la disolución de las Cortes.

Al hacer esto sabían perfectamente que el vacío parlamentario y la campaña electoral coincidirían con la negociación de los grandes convenios colectivos. Y que si no había ningún acuerdo previo, la negociación de estos convenios tendría que hacerse literalmente a tumba abierta convenio por convenio, ramo por ramo y hasta empresa por empresa.

Con el decreto-ley en cuestión y con la actitud intransigente de la patronal preconizada por la C.E.O.E. se colocó a los trabajadores en una alternativa de todo o nada y a los sindicatos en otra alternativa: ceder ante la intransigencia patronal y desprestigiarse o encabezar una lucha que, de todos modos, sería muy difícil de dirigir y encabezar cuando el margen de negociación era tan escaso.

El gobierno y la patronal sabían perfectamente que la falta de acuerdos previos llevaría forzosamente a una oleada de huelgas. Los trabajadores no tenían otra salida, a menos que aceptasen pasivamente las inaceptables condiciones que se les dictaban. El gobierno y la patronal sabían también que esa oleada de huelgas coincidiría con el período electoral. Se han querido mostrar duros e intransigentes para que las huelgas se radicalizasen, y los sindicatos, incapaces de conducirlas a la

negociación, fuesen desbordados por la propia base. De este modo se esperaba infligir una derrota a los sindicatos y a los partidos de izquierda y capitalizar la inquietud de grandes sectores de la población para reforzar el voto del propio partido del gobierno.

Afortunadamente, la capacidad de dirección y de negociación de las centrales sindicales -- y muy especialmente de Comisiones Obreras, que ha tomado posiciones públicas realmente modélicas en lo que a sentido de responsabilidad se refiere -- ha impedido que la lucha de los trabajadores se transformase, como algunos querían, en un factor de desestabilización política.

El combate está ahí, con sus altibajos, sus pasos adelante y sus pasos atrás. No hay ninguna maniobra electoral de la izquierda, sino una respuesta concreta a una situación que se podía haber superado de otra manera.

En todo caso esto ha servido para demostrar la madurez política y sindical de unos partidos y unos sindicatos que si de verdad hubiesen querido el desmadre y la prueba de fuerza preelectoral -- en el sentido más estrecho -- no habrían tenido que hacer nada más que dejarse llevar por la presión acumulada en las fábricas y en los barrios. Una presión provocada por la urgencia y la gravedad de los problemas y atizada por la intransigencia del gobierno y de los dirigentes de la patronal. Esa es la explicación de los hechos. No hay otra.

Mundo Diario - Naciones 31.1.79